

2010

- Le Cirque du Soleil presenta *Varekai* en Barcelona.
- Se presenta en La Central del Circ el resultado del *Projecte Fibonacci*, una colaboración internacional entre siete artistas catalanes y otros siete extranjeros. Organización: APCC, Mercat de les Flors, CONCA, la Oficina de Quebec en Barcelona y la compañía Les sept doigts de la main.
- La APCC y el CONCA organizan las *Segones Jornades de Formació de Circ* y se plantean posibles recorridos formativos.
- La compañía Enfla't presenta *Plecs!*, de Manolo Alcántara y Xavier Erra, en el TNC.
- Premio FAD-Sebastià Gasch de Artes Parateatrales al espectáculo *Plecs!* de la compañía Enfla't.
- Premi Nacional de Circ y Premi Ciutat de Barcelona a la compañía catalanofrancesa Baró d'Evel Cyrk (Blai Mateu y Camille Decourtye) por el espectáculo *Le sort du dedans*.
- Nueva gira del Circ Cric con *Els racons de la memòria*.
- Pepa Plana estrena *Penèlope* en la Sala Muntaner. Es la última dirección del malogrado payaso, gestor y director Joan Busquets.
- *Le fil sous la neige* de los funámbulos Les Colporteurs en el Mercat de les Flors.
- La compañía suiza Zimmerman & de Perrot trae al Festival Grec los espectáculos *Gaff Aff*, *Öper Öpis* y *Chouf ou Chouf* (este interpretado por el Group Acrobatique de Tánger).
- La feria Come & See incluye el circo por primera vez.
- La APCC programa en el Ateneu Popular de Nou Barris el ciclo de conferencias *Herramientas para la profesionalización*.
- Primer Festival Circ Cric (Sant Esteve de Palautordera).
- La Escola de l'Espectador, impulsada por Hermann Bonnín/Espai Escènic Joan Brossa, se dedica por primera vez al circo (dos sesiones).
- El Circo Italiano estrena *Somnis* en la Monumental, con dirección de Joan Montanyès 'Monti'. Posterior gira por Cataluña.
- El Ateneu Popular de Nou Barris estrena *Circumstàncies* (15è Circ d'Hivern) con la compañía Balagans y dirección de Ricardo Gallardo.
- Primera edición de los Premis de Circ de Catalunya, organizados por la revista *Zirkòlika*

y subdivididos en doce categorías. Entre las compañías premiadas, Enfla't, Leandre, Los Excéntricos, Escarlata Circus, Fernando Pose y Daraomai.

- El Circ Raluy presenta *El saltimbanqui*.

## Bibliografía complementaria

- JANÉ, Jordi (2001): *Les arts escèniques a Catalunya*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Cercle de Lectors.
- (2002): «Les arts del circ» (dentro de la obra colectiva *Art, geografia i societat*, colección «Art de Catalunya, volumen 2»). Barcelona: Edicions L'Isard.
- AADD (2006): *Circ contemporani català, l'art del risc* (catálogo de la exposición homónima). Barcelona: Departament de Cultura - Triangle Postals.
- (2007): *El circ i la poètica del risc* (textos del seminario internacional homónimo celebrado del 14 al 16 de febrero del 2006 en el CCCB). Barcelona: Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació.



## La década prodigiosa en la Ciudad Esmeralda

Josep Lluís y Rodolf Sirera

Universitat de València

Se nos ha pedido una reflexión –y una reflexión *crítica*– sobre el estado del teatro en el País Valenciano durante los últimos años. Y cabe decir, por lo pronto, que se trata de una petición que no nos sorprende por su originalidad porque, de forma individual o conjunta, hemos ido publicando opiniones y análisis sobre el tema durante los últimos cuarenta años. Reflexiones y análisis que, además, creemos sinceramente que tienen todavía suficiente vigencia: porque si la caída del Imperio Romano no fue un hecho puntual sino, en realidad, un lento declive

de siglos, el estado actual del teatro valenciano no es sino fruto de una serie continuada de dimisiones y renunciaciones que las instituciones públicas han ido imponiéndonos desde hace tiempo y que la profesión, muy mayoritariamente, ha ido aceptando con resignación (hasta hace cuatro días, al menos); todo esto en medio de una indiferencia que la sociedad valenciana ha mostrado tradicionalmente por la cultura en general y por el teatro muy en particular.

Si hemos, pues, aceptado participar en este monográfico no es porque pensemos que ahora tenemos algo realmente nuevo que decir, ni porque nos consideremos poseídos por algún tipo de espíritu profético o mesiánico. Simplemente lo hacemos porque desde los ya reculados tiempos en los que Xavier Fàbregas nos puso en contacto con el Institut del Teatre y todo lo que representaba para el teatro catalán, siempre hemos admirado el papel capital que esta institución, educativa y de investigación, tenía, y tiene (sobre todo, tiene) para el mantenimiento del tono vital del teatro en todo el Estado español. Incluso, osaríamos decir una *boutade*: el declive del teatro valenciano actual empezaba en 1979, a la vez que nacía la primera institución del teatro público valenciano (los Teatres de la Diputació); y esto lo decimos porque la Diputación valenciana, junto con muchos aciertos, cometió un importante error: desterrar el proyecto de crear aquí una institución parecida al Institut del Teatre. Esta carencia, por lo que significaba de renuncia a una plataforma sólida de formación, reflexión, investigación y crítica del teatro de nuestra tierra, al margen de las vicisitudes políticas, ha pesado sin duda en la actual fragmentación y debilidad del sector teatral valenciano frente al poder.

Pero detengámonos, no vale la pena ir más lejos. Al final, lo que se nos pide es tan sólo una reflexión sobre la situación en los últimos años, en la última década para ser más exactos. Ya habrá, pensamos, un lugar y una ocasión más adecuados para hacer historia-ficción y plantearnos qué le hubie-

ra sucedido al teatro valenciano si en vez de empezar a construir la casa por el tejado, lo hubiéramos hecho por los fundamentos.

### Una conceptualización especialmente necesaria

La última década, hemos dicho, la de 2001 a 2010. Unos años que, desde el punto de vista subjetivo, han sido para los valencianos pesadamente eternos, y en los que – como en las peores pesadillas – se han mezclado *déjà vu*s con situaciones absurdas vividas con absoluta naturalidad, creando un tiempo histórico que sitúa nuestro país, y sus ciudadanos, en un mundo poco menos que al margen de la realidad. Un País Valenciano digno emulador del País de Oz, donde los ciudadanos, de forma mayoritariamente absoluta, nos concentramos deleitosos en la Ciudad Esmeralda porque nuestros magos tutelares (*San Paco Camps*, *Santa Rita Barberà*, *San Carlos Fabra*, *San Alberto Fabra*, etc.) nos proporcionan las salvíficas gafas (la Fórmula 1, la Copa América, Terra Mítica –¡qué nombre más premonitorio!–, el Aeropuerto de Castelló, la prolongación del Paseo de Blasco Ibáñez en medio del Cabanyal, el «Agua para todos»...) que nos otorgan paz de espíritu y nos ratifican en la idea de que los valencianos somos los mejores porque, no en balde, vivimos en la mejor tierra del mundo.

Las gafas, sin duda, nos lo hacen ver todo de color verde esperanzado, pero la realidad es que, fuera de los muros de este *Mundo Ilusión* (otro de los inventos de nuestra pandilla de magos), las brujas del Norte, del Este, del Sur y del Oeste, continúan latigueándonos con todo tipo de desgracias: la corrupción institucionalizada y generalizada, el *medalomismo*, la crisis económica, el paro galopante, una de las mayores tasas de fracaso escolar de todo el Estado español, y un largo etcétera.

En medio de este panorama, por cierto, hay que reconocer que los Señores de la Ciudad Esmeralda han sabido hacer de la

cultura un instrumento que nos ayuda a ser felices, muy felices, porque han sido capaces de lograr, en el campo cultural, un tipo de *cuadratura del círculo* digna de un número de prestidigitación. Y es que han conseguido hacer compatibles la lucha por la *modernidad* cultural (no entramos en si es más o menos epidérmica), con la producción de grandes acontecimientos culturales y pseudoculturales, hechos a golpe de talonario, y con la exaltación, a la vez, de una cultura para las *masas*, decimonónica y vetusta.

No hay ni que decir que la gran mayoría de los valencianos, tan acostumbrados a la *diglosia lingüística* han aceptado con análogo entusiasmo la *diglosia cultural* que los magos-brujos del País de Oz nos hacen tragar como el “Programa Cultural” del partido en el gobierno. Una diglosia cultural donde se combina, en el estrato superior, el gozo de las manifestaciones más vanguardistas con las que podríamos calificar como propias de una cultura *clásica* (con incursiones hacia la hibridación entre estos dos tipos de propuestas). En el estrato dominado, a su vez, la combinación se dará entre manifestaciones *subculturales* y la tradición folclórica autóctona.

Así, los consumidores valencianos de cultura hemos asistido embobados durante estos últimos diez años a exhibiciones *vanguardistas* gracias a acontecimientos como la Bienal de Valencia (ya fenecida, por suerte) o el Festival Veo, mientras que –con idéntico entusiasmo– hemos admirado la solidez *clásica* de las grandes óperas representadas en el Palau de les Arts o de macroexposiciones como la de Joaquín Sorolla. La cuota de *fórmulas híbridas* la encontraríamos aquí, por ejemplo, en las puestas en escena de algunas óperas de encargo –¡cómo no!– de La Fura dels Baus. Paralelamente, la mayoría de los valencianos continuamos disfrutando con conciertos de corte abiertamente comercial (nada que ver con el FIB de Benicàssim), o con actividades culturales surgidas gracias a manifestaciones festivas y festeras como por ejemplo las Fallas o las Fiestas de la Magdalena caste-

llonense; manifestaciones culturales, por cierto, que se sitúan claramente al margen del resto de las actividades análogas, de forma que podemos hablar de *teatro fallero*, *música fallera*, etc., como realidades independientes, porque en estos términos lo importante no es el sustantivo sino el adjetivo.

Todo lo anterior no cobra pleno sentido, claro está, si olvidamos que, para la sociedad valenciana, la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones, no pasa de ser un elemento secundario en el que los factores que son sustanciales para el asentamiento de la cultura en las sociedades avanzadas, prácticamente no son tomados en consideración por los gobernantes valencianos. Para entendernos: en el discurso del poder valenciano no encontraremos muchas referencias a lo que significa la cultura como motor económico y de desarrollo del I+D+i. Y es que, por muchas manifestaciones culturales vanguardistas o posmodernas que se propician desde las instituciones, el concepto de cultura que barajan nuestros gobernados es un concepto sustancialmente decimonónico: *diversión y entretenimiento* para las clases subalternas y *goce estético* para las capas dirigentes. Una solución, sin duda, que destierra todo lo problematizador, alentador y dinamizador que tienen las manifestaciones culturales en la sociedad contemporánea... más allá de los muros de la Ciudad Esmeralda, por supuesto.

### El teatro valenciano dentro de su contexto

Llegados a este punto, hay que preguntarse ahora de qué forma se ve afectado el teatro valenciano de comienzos del 2000 por el contexto así descrito. Una afectación, todo sea dicho, que se extiende no sólo a la producción teatral en un sentido estricto sino también a las infraestructuras específicas que la apoyan. Empezaremos, precisamente, nuestra reflexión por este último aspecto, concluyéndola con nuestra visión de las

aportaciones que más pueden interesarnos dentro del panorama teatral valenciano actual. Un reflexión, no lo olvidemos en ningún momento, subjetiva y, por eso mismo, *sin ninguna pretensión de ser verdadera*.

Desde el punto de vista de las infraestructuras teatrales, lo primero que percibimos en el teatro valenciano es la apropiación por parte de sus actuales gestores de lo que eran las líneas de fuerza de la política teatral de los años ochenta y primeros de los noventa. Y es que, a pesar de toda la literatura que a mediados de la última década del siglo pasado produjo la derecha sobre la necesidad de acabar con el acaparador peso del teatro público y, de forma paralela, el ineludible impulso que había que dar a la iniciativa privada (pensamos, cuando menos, en los documentos y reflexiones que sobre el teatro promovió por aquellos años la FAES); a pesar de esto, decimos, a los pocos meses de hacerse el PP con el gobierno en el País Valenciano, ya se habían arrinconado los planes privatizadores y se habían descubierto las grandes ventajas que para el poder tiene un sector público hipertrofiado y sin mecanismos independientes de control o, si acaso, fuertemente mediatizados por el propio poder.

Como consecuencia de lo anterior surgió la utilización de las políticas de ayudas y subvenciones como una herramienta para acallar voces críticas y comprar halagos y, sobre todo, complicidades. Es cierto que durante algunos años todavía fue posible establecer puentes de diálogo con algunos gestores teatrales: con Juan Alfonso Gil Alborns, Joaquín Hinojosa y, muy en especial, con Juan Vicente Martínez Luciano, destituido por el gobierno valenciano por apoyar (a pesar de su cargo de director general) las reivindicaciones del sector. Podían haber, para entendernos, muchos puntos de desacuerdo entre estos gestores culturales y los sectores implicados, pero el lenguaje que hablaban unos y otros tenía puntos de contacto.

A mediados de la última década, sin embargo, estos puentes se rompieron y se ace-

leraron los mecanismos de control, férreos y discriminadores (se ha llegado a hablar *sotto voce* de listas negras) a pesar de que todavía no han podido eliminar del todo la sepultada oposición de algunos miembros del sector que, por razones múltiples, viven profesionalmente al margen del poder, como puede ser, sin ir más lejos, nuestro caso. Aun así, los que no tienen tanta suerte han tenido que tragarse las condiciones draconianas y los caprichos de los responsables políticos, condiciones y caprichos que descansan en el control casi absoluto que han conseguido implantar en el mundo del teatro valenciano.

Como ejemplo de lo anterior, un par de hechos. El primero: en la ciudad de Valencia no hay ninguna sala (más allá de algunas de las *alternativas*) que funcione sin subvención o gestión pública. La debilidad del sector, o el carácter acomodaticio de una parte significativa de éste, hace inviable, hoy en día, la posibilidad de abrir un espacio verdaderamente *libre* de las dependencias institucionales. El segundo ejemplo es la desarticulación, en el 2010, del Circuit teatral valencià, que coordinaba más de medio centenar de salas municipales. Su carácter autogestionario y el poder que confería a los programadores y a los ayuntamientos, al margen del control de la Dirección general, fueron las causas que aceleraron su cierre. Como en el caso anterior, la desaparición de este mercado coordinado está teniendo graves repercusiones en la vida de la profesión, y en la creación teatral valenciana.

Hay, además, otro hecho muy preocupante y que manifiesta hasta qué punto la política teatral valenciana se mueve al ritmo que marca la política cultural del actual gobierno de la Generalitat. Hablamos, por supuesto, del factor lingüístico. Y es que cuando nos encontramos a un paso (si no hay marcha atrás) de la desaparición virtual de la Ley de uso y enseñanza del valenciano, que había guiado la política de normalización lingüística de las instituciones, el teatro en catalán en el País Valenciano no pue-

de esperar nada bueno. Si de lo que se trata es de suprimir las líneas de enseñanza en valenciano, ¿quién puede esperar políticas de promoción efectiva del valenciano desde los teatros públicos? A la postre, hay más presencia del valenciano en la Radio Televisión Valenciana (y quienes la conozcan ya saben que es bastante minoritaria, pero, al menos, las series dramáticas son en valenciano) que en los Teatros de la Generalitat. Este progresivo destierro de nuestra lengua afecta todos los sectores que son competencia de este organismo y cuenta con el resignado silencio por parte de la intelectualidad valenciana (a la cual, en realidad, el teatro no le interesa gran cosa) y con la más o menos forzada complicidad de la propia profesión, a la cual no se le otorga ningún protagonismo en las decisiones que Teatros de la Generalitat toma al respecto.

### La producción teatral valenciana durante la década

En un panorama como el que acabamos de describir, donde el peso del teatro público es acaparador y el control de las instituciones muy fuerte, la producción teatral valenciana (tanto en lo referente a la escritura como a las puestas en escena) está más que mediatizada, casi asfixiada. Si pensamos, por ejemplo, en los aspectos lingüísticos, nos daremos cuenta enseguida de que sin un decidido apoyo institucional, la escritura dramática en catalán tiene grandes dificultades para tener una presencia, más allá (por supuesto) de las ediciones de las obras en tirajes habitualmente muy cortos, puesto que las compañías siempre preferirán, al final, estrenar obras en español (o las versiones españolas de obras escritas originalmente en valenciano) puesto que así pueden asegurarse un mercado potencial mucho más amplio.

Quienes nos leerán desde el Principado no deben olvidar, además, que el teatro catalán y el valenciano hace años que se *separaron de mutuo acuerdo*. Cabe decir que

los intercambios, en todos los niveles (de autores, actores, compañías... quizás no es el caso de los directores) y en la lengua común, han ido menguando en el último cuarto de siglo desde unos orígenes –los años setenta y ochenta– en los que los contactos eran, cuando menos, esperanzadores. Ello hace que las compañías del Principado ya se hayan acostumbrado, desde hace años, a actuar en español en la mayoría de las localidades del País Valenciano, en la capital en primer lugar. Y no hablemos de la posibilidad de hacer propuestas integradoras. En este caso, el espectáculo *Corruptia* es un caso insólito: una compañía catalana (Teatre de l'enjòlit) que pone en escena la obra de un dramaturgo y periodista valenciano (Josep Lluís Fitó) sobre un tema tan nuestro (tan valenciano, queremos decir) como el de la corrupción del gobierno de Francisco Camps. Entre los actores, además, había un valenciano. Una obra, en fin, que se ha representado en catalán en las dos orillas del río de la Sénia, lo cual hoy en día no deja de ser excepcional.

Esta obra nos sirve también para poner de relieve las dificultades que una propuesta teatral mínimamente solvente (es decir: concebida con criterios profesionales) tiene para consolidarse en tierras valencianas. Y es que, al ser una obra política (conscientemente panfletaria, diciéndolo sin tapujos), su programación en los locales teatrales valencianos (en más de un noventa por ciento, y no creemos exagerar, de titularidad pública –municipal, provincial o autonómica–) dependerá de forma prácticamente exclusiva de los responsables *políticos* de estos espacios. No nos puede extrañar, pues, que la obra en cuestión, a pesar de haber sido representada en Barcelona, todavía no haya podido verse en la ciudad de Valencia.

Teniendo en cuenta, pues, estas trabas, podremos entender que cualquier propuesta que no se plantee voluntariamente como *marginal* o *alternativa*, que quiera llegar a un público amplio, con una producción mínimamente normalizada y con una reper-

cusión igualmente normalizada, lo tendrá mucho más fácil si renuncia al valenciano, si deja a un lado temas polémicos, de cariz más o menos político o crítico con el contexto concreto valenciano (la crítica a la sociedad occidental en su conjunto, siempre será bien vista, en especial si se plantea en términos muy posmodernos) y si se envuelve con las telas de la alta cultura o de la tradición festiva autóctona, como ya hemos comentado hace poco.

Una precisión, también, importante: hablamos de lengua. Deberíamos ser más precisos y hablar de lengua, historia y cultura. Porque, al final, tanto como la lengua, un teatro que ponga en valor (sin mitificaciones ni mistificaciones) nuestra historia y nuestra cultura, y que lo haga además en términos críticos, no será acogido en los Teatros de la Generalitat, ni tendrá una distribución normalizada por todo el país. De esta restricción, por cierto, no se libra ni el propio patrimonio teatral valenciano. Lejos ya, muy lejos, de aquella pretensión, a principios de la década, de poner en pie un *teatro nacional valenciano* que recuperara este patrimonio (y más lejos, todavía, de las propuestas de los teatros públicos surgidas a raíz del centenario de Eduard Escalante, en 1995), las recuperaciones del teatro clásico —obviamente en castellano— no pasan de ser recuperaciones (modernitas o posmodernas, tanto da) alejadas de la necesaria reflexión crítica y de la tradición teatral autóctona en catalán.

Finalmente, y para acabar este repaso del teatro que se promociona —y al que se obvia— desde las instituciones, habrá que añadir que una análoga selección funciona cuando de lo que se trata es de programar autores vivos, obras de repertorio o relecturas de piezas clásicas. No esperamos en este último caso, por ejemplo, ninguna dramaturgia sobre obras shakesperianas contextualizada en tierras valencianas... si exceptuamos una propuesta, breve, surgida desde la marginalidad: la relectura de *Macbeth de Paco e Isabel* de Paco Zarzoso y Begoña Tena, integrada en la obra *Zero*

*responsables*, de la cual hablaremos más adelante. La sombra de Rodrigo García es entre nosotros, quizás, muy alargada, a pesar de que sus imitadores no caen en la cuenta de que si Rodrigo García viviera en el País Valenciano haría un teatro muy diferente y, esperémoslo, nada complaciente con el poder. Tanto da, a sus seguidores valencianos lo que realmente les importa es la *maniera*, de una forma muy parecida a cómo, hace cuarenta años, los seguidores valencianos del teatro épico interpretaban (interpretábamos) a su aire la *fórmula* brechtiana. Hemos hablado de los clásicos; añadiremos que el gran teatro de repertorio programado en los teatros públicos es de una incoherencia digna de mención: la carencia de personas que realmente saben de teatro en el equipo directivo de los Teatros de la Generalitat hace que se programe en función de sus (discutibles) gustos personales o de los de los directores *afines* (no todos los directores valencianos tienen las puertas abiertas a los TGV: que se lo pregunten, por ejemplo, a Carles Alfaro). Y tendremos suerte si los directores en cuestión son competentes y, sobre todo, tienen una buena *cultura teatral*... además de saber dirigir, está claro.

¿Y qué pasa con los autores valencianos vivos en los teatros públicos? No esperamos ver sobre sus mesas textos *incómodos* con la realidad inmediata; textos críticos con el modelo social que se nos está implantando (porque el problema no son los partidos en el poder, sino los modelos de sociedad): ahora, más que nunca, los responsables de la política teatral valenciana apoyan temas *eternos* y escrituras llenas de cultura y *literatura* (esta fascinación mediterránea por el *belcantismo* trasladada al mundo del teatro), mientras rechazan lo que de rabiosamente actual ha tenido siempre el teatro; incluso olvidan que una de las grandezas del arte teatral es precisamente su *caducidad*.

Por eso, quienes todavía no hemos abandonado del todo el vicio de escribir teatro no tenemos más remedio que buscarnos la

vida, en nuestro país o norte allá, con una suerte desigual. En especial si no mantene-mos relaciones fluidas con la industria (o artesanía) teatral catalana o valenciana. Ello hace que autores como Manuel Molins o Rodolf Sirera (perdonadnos por incluir nuestro nombre en la “lista de bajas”), que en el Principado o en Madrid, serían nombres de *teatro nacional*, o estén marginados de los teatros públicos o tengan que reivindicarse y/o reinventarse cada vez que por fin llegan a la escena. Y que uno de los que firmamos este artículo sea muy representado como *adaptador y dramaturgo* y nada como *autor* por parte de las compañías valencianas es un síntoma de la fragilidad del sector. Y no digamos ya de la escasa presencia de estos autores, más o menos *consagrados*, en los escenarios del Principado.

En cuanto a los autores que todavía son jóvenes y están llenos de ánimo, estos montarán sus piezas, con apoyo institucional o sin él, mediante compañías (a menudo propias) y entrando en el juego de tener que rentabilizar sus propuestas. Esta es la opción de un conjunto brillante de autores actuales, como Carles Alberola, Juli Disla, Roberto García, Chema Cardeña, Paco Zarzoso, Jaume Policarpo, Pedro Montalbán, Jerónimo Cornejas, Jorge Picó, Pasqual Alapont, y un etcétera tan nutrido (disculpados los olvidos) en permanente estado de vulnerabilidad, porque la viabilidad de sus propuestas depende, al fin y al cabo, de las instituciones más que de la fortaleza de la sociedad civil y de la demanda teatral. Por cierto, y por lo que hemos dicho hace poco: ¿habrá que insistir en que una parte sustancial de estos autores escriben en español o, si acaso, en las dos lenguas?

### Otro teatro, ¿es posible?

Para cerrar estas reflexiones llenas de subjetividad, tendremos que echar un último vistazo a lo que se cuece en la escena valenciana desde 2007 hasta nuestros días. Más concretamente, desde el momento en que la

crisis económica ha puesto freno al desma-dre presupuestario en los grandes aconteci-mientos y en la cultura de escaparate de la Generalitat Valenciana. Ha habido, es cierto, una recuperación del espíritu combativo de amplios sectores de la profesión teatral valenciana. Hay también una recuperación del sentido de compromiso cívico, social e, incluso, político, del teatro. Autores como los ya mencionados, u otros como Arturo Sánchez Velasco, Abel Zamora, Patricia Pardo, Xavier Puchades o Gabi Ochoa, expresan en las mesas (y en los escritos) una permanente reivindicación no sólo de su derecho a vivir de la profesión participando al mismo tiempo de una política teatral radicalmente diferente, sino también del teatro como herramienta para entender mejor nuestro presente y para encarar de una forma diferente el (magro) futuro que nos espera. El espectáculo colectivo *Zero responsables*, teatro político en el sentido más estricto del término, estrenado en 2010, con textos de una docena de autores y la participación de medio centenar de profesionales entre actores, autores y técnicos, puede servirnos de ejemplo: por el número de implicados, porque actuaron sin recibir ni un céntimo y porque no tuvieron miedo de posibles represalias por participar en una obra que denunciaba la corrupción y el cinismo del gobierno de Francisco Camps a través de la historia del accidente del metro de Valencia del 3 de julio de 2006, que provocó cuarenta y tres muertos. Un ejemplo que no es el único, claro: Paco Zarzoso y Lluïsa Cunillé son coautores de otro gran panfleto: *El alma se serena*, sobre la destrucción del barrio valenciano del Cabanyal.

¿Hemos vuelto al teatro de urgencia? ¿Al teatro como herramienta de reflexión, de debate, de crítica? ¿Al teatro como mecanismo de intervención en el mundo que nos rodea? Las promociones más jóvenes de la escena valenciana parecen apuntar en esta dirección. Incluso, y en muchos casos, no dudan en ejemplificarlo con su comportamiento personal: la dimisión de Jorge Picó como director artístico del Teatre Principal

de Vilanova i la Geltrú, podría ser un ejemplo de estos nuevos posicionamientos éticos. Es todavía demasiado pronto, obviamente, para poder afirmarlo de forma más rotunda; los síntomas, sin embargo, están ahí.

### Coda

¿Y nosotros? Quienes firmamos este artículo continuaremos, con más o menos entusiasmo, participando en la vida teatral valenciana –¿qué otra cosa podríamos hacer sino?–. Continuaremos escribiendo un teatro que, con mucha suerte, podremos publicar; continuaremos investigando sobre el lenguaje teatral y sobre la realidad que nos rodea, desde el presente sin duda, porque le hacemos caso a Mafalda y nos negamos a decir, como hacía su padre, que nuestro

tiempo era mejor: este tiempo que estamos viviendo es *nuestro tiempo*, al fin y al cabo. Y, asimismo, nuestro teatro lo reivindicamos como *actual*. De forma parecida, continuaremos siendo críticos –esperamos– con nosotros mismos y con los otros, pero sin pretensiones de saberlo todo, de haberlo vivido todo, de ser mucho mejores que aquellos que justo ahora empiezan su trayectoria profesional. Y es desde esta implicación y desde este apasionamiento que confiamos que se haya leído este escrito. No somos ni mejores ni peores que nadie, si acaso hace algunos años que nos quitamos las gafas y podemos ver el auténtico color de la Ciudad Esmeralda valenciana; un color que, en lo referente a nuestro teatro, no es precisamente verde. Ni hace concebir muchas esperanzas.

*Valencia, julio de 2011*

